

El beso apetecido
 Para tí solamente es concedido!!
 ¡ O gatito dichoso, dulce objeto
 Del cariño de Cintia encantadora!
 Si no te ha transmitido tu señora
 Con su amor su desden jamas vencido;
 Dila, cuando en su falda adormecido
 Sus labios te acaricien,
 O su mano de nieve
 Halague el lomo erguido
 Que al contacto suavísimo se embebe,
 ¡ Ay! dila que yo envidio esos favores
 Y mas que tú tal vez los merecia;
 Dila, dila tambien; que el alma mia
 Absorta en sus amores
 No alcanza bien mayor que sus caricias,
 Y es Cintia á todas horas sus delicias.
 Díselo así, gatito, y yo al destino
 Pediré, que en premiarte nada escaso,
 Te ofrezca á cada paso
 Despensa bien provista y mal cerrada,
 Y á moza soñolienta confiada.

FRAY LUIS DE LEON,

Ó EL SIGLO Y EL CLAUSTRO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS.

EL MARQUES DE MONDEJAR, alcaide mayor de la Alhambra.
 DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA y Da ELVIRA, sus hermanos.
 DON LUIS PONCE DE LEON (en el claustro el maestro Leon).
 Da GARCIA, dueña de la casa de Mondejar.
 TRISTAN, escudero de la misma.
 EL PADRE PRIOR de los Agustinos de Salamanca.
 DOS ESTUDIANTES.
 UNA BEATA.
 UN ALGUACIL con su ronda.
 SOLDADOS, RELIGIOSOS Y ESTUDIANTES.

La accion se supone en la Alhambra de Granada, y en el convento de San Agustin de Salamanca, años 1543 y 1544.

ACTO I.

El teatro representa la habitacion de don Diego de Mendoza en la Alhambra de Granada: al frente una puerta de entrada, por la que se descubre el famoso patio llamado de los Leones: á la izquierda un gabinete cerrado que se abre á su tiempo: á la derecha otra puerta que comunica con lo interior de la Alhambra: una mesa con libros, esferas, etc. Doña Elvira aparece sentada junto á ella,

con un cuaderno en la mano, en el que lee atentamente. Se levanta de pronto, deja aquel sobre la mesa, y dice repitiendo lo que ha leído.

ESCENA PRIMERA.

Da ELVIRA.

« Quien de dos claros ojos
 » Y de cabello de oro se enamora,

» Compra con mil enojos
 » Una menguada hora, [ra.]
 » Un breve gozo que sin fin se llo-
 (Representando.)
 No hay ya duda, corazon:
 No es un amor de la tierra
 El que en el pecho se encierra
 Del misterioso Leon.
 Él su espíritu sublima
 A la region celestial,
 Y el caduco bien mortal
 Cual polvo vil desestima.
 Pero ¿ qué me importa á mí
 Adivinar sus afectos?
 ¿ Qué interpretar los conceptos
 Que en esos versos leí?
 Curiosidad debe ser:
 Curiosidad, lo repito;
 Sigamos, que no es delito
 Ser curiosa una muger.
 (Vuelve á tomar el cuaderno, y lee.)
 « Quien tiene en solo vos atesorado
 » Su gozo, y vida alegre, y su con-
 [suelo,
 » Su bienaventurada y rica suerte,
 » Cuando de vos se viere separado,
 » ¡ Ay! ¿ qué le quedará sino es re-
 [celo,
 » Y noche, y amargor, y llanto, y
 [muerte? »

» Antes que prenda el fuego
 » Contra quien no valdrá ni oro ni
 [ruego. »
 ¡ Qué ternura! ¡ Cuánto amor
 Esas estancias descubren!
 Pero ¿ porqué siempre encubren
 El ídolo inspirador?
 Por vida vuestra, don Luis,
 Hablad, responded, que es men-
 Que esté quieta así la lengua [gua
 Cuando tanto amor sentis.
 ¿ Presumis tener poder
 Para ocultarlo sagaz?
 ¡ Ay! que siempre es perspicaz
 El ojo de la muger.
 Sois ingenio á quien aclama
 España por su portento,
 Y el triunfo sobre el talento
 Mucho envanece á una dama.
 Mas ¿ qué dije? ¿ qué ilusion
 Cruzó rápida mi mente?
 ¿ Por qué causa de repente
 Palpitaste, corazon?
 Sufre pues: deja ocultar
 A don Luis ese secreto,
 Que cuando calla el discreto
 Discrecion será callar.
 (Deja el cuaderno otra vez sobre la mesa.)

ESCENA II.

Da ELVIRA, Da GARCIA.

Esta entra por la puerta de en medio, con saya mongil, y un rosario en la mano.

Doña Garcia.

¡ Jesús! ¡ Jesús! ¡ mi señora!
 ¡ Cómo vengo de cansada!
 Por imposible ya tuve
 Haber de llegar á casa.
 ¡ Qué Zacatin, y qué calle
 De los Gomeres! Mañana
 No haya miedo que yo quiera
 Bajar para ver las cañas.
 Ni por pienso, no señor;
 Aunque supiera que estaban
 Mas lucidas que las hechas
 Cuando vino doña Juana.

« Alma divina, en velo
 » De femeniles miembros encer-
 » Cuando veniste al suelo, [rada,
 » Robaste de pasada
 » La celestial riquísima morada.
 » ¡ Ay tristes! ¡ ay dichosos
 » Los ojos que te vieren! huyan
 » Si fueren poderosos, [luego

Doña Elvira.

Descanse mi buena amiga :
¡Cómo suda!

Doña Garcia.

Sí ; muy cara
Compré la satisfaccion
De conocer al de Austria.
¡Es tan galan! ; tan cortés!
Faccion por faccion retrata
Al señor emperador
Su padre : todas las damas
« ¡Qué mancebo , se decian ,
» Qué presencia tan gallarda! »
Los nobles , los venticuatos ,
Los cabildos , los garnachas ,
Los corchetes , las libreas ,
La gente de guerra , salvas ,
El estruendo de clarines ,
El ruido de las campanas ,
Todo publicaba á voces
Que era su alteza el que entraba.
Pues ¿y el marques mi señor
Con su cruz y su bengala
Al frente de los ginetes
Sobre el caballo esmeralda?
Ya se ve : hoy es un día
De gozo para Granada :
Entra don Juan con su gente
De vuelta de la Alpujarra
Triunfante en fin de esos perros
De moriscos. ; Pues no pasma
Ver, señor, que todavía
No quieran dejar su habla ,
Ni asistir á misa , ni
Abandonar sus usanzas ,
Ni de nuestra santa fe...
¡Perros! ; ¡perros! ; ¡oh qué rabia!
¡Qué grandemente decia
Aquel padre Torquemada
Cuando predicó al cabildo
El sermón de accion de gracias!
« Son enemigos de Dios ;
» Puessin piedad... » Pero, aguar-
[da,
¿No me escuchabais , señora?
¿Si pareceis una estatua!

Doña Elvira.

(Saliendo de su distraccion.)

Proseguid , doña García ;
Os escucho.

Doña Garcia.

Cosa es clara :

¡Muy buen modo de escuchar!
Tener la cabeza baja
Y los ojos por el suelo ,
Y... sobre que veces varias
Se lo he dicho á mi señor :
Yo no sé para qué paga
Ni escudero ni doncellas ,
Ni os compra joyas y galas.
Padeceis melancolías ;
Siempre encerrada en la Alham-
Siempre tras esos libretos [bra ,
Que don Diego tanto ensalza ,
Y en saliendo él á la calle ,
Sus, doña Elvira á su estancia.
Digo, cuando apenas quince
Contareis : yo sé la causa ,
La sé muy bien , doña Elvira.

Doña Elvira.

(Sobresaltada.)

¡Cómo! Decid.

Doña Garcia.

No es estraña

Vuestra tristeza tampoco ;
Otro tanto me pasaba
Teniendo yo vuestra edad :
Los años corren cual agua ,
Y el buen marques mi señor
No recuerda que su hermana
Es casadera. Despues
Tambien esa vil canalla
De moriscos... Seis lugares
Y dos villas incendiadas...
Los gastos , la guerra , el dote...
Todo , señora , es la causa :
Pero á bien que todavía
Sois muy niña , una muchacha
Por cierto. El señor marques
De los cuarenta ya pasa ,
Y como enviudó sin hijos...
Don Diego segun su traza
Será soltero perpetuo ;

De modo que la inmediata
Del estado de Mondejar,
Sus villas y casas llanas ,
Es doña Elvira... Por eso
Nunca faltará un Moncada ,
Un Pimentel , un La Cerda...
Y á honra mucha ; que es alhaja
La doncella que se llevan :
Humilde como unas malvas ,
Donosa , discreta , limpia ;
Unos ojillos que matan :
¿Y honesta? como ninguna :
Que es mi celo quien la guarda ,
Y buena soy... ¿devaneos?
Sí : primero me enterrarán.
Pues poco el señor marques
Ante ayer de esto me hablaba.
Presente estaba don Luis.

Doña Elvira.

¿Quién , don Luis?

Doña Garcia.

¿Porqué os espanta?

Él al fin es vuestra sangre :
Su abuela doña Brianda
De Mendoza , que casó ,
Si no estoy equivocada ,
Con el alcaide de Velez
Lope de Leon y Vargas ,
Siempre trató como primo
A vuestro abuelo ; y no haya
Miedo de que en estas cosas
Don Iñigo se engañara.
Sí : como el credo sabia
De Castilla y de Navarra
Los linages , y si vienen
De bastardo los Abarcas ;
Si los Velas son traidores ;
Si deben llevar los Laras
Lambeles sobre el escudo ;
Si la cimera y las barras
Piden en campo de gules
Quinas ó estrellas de plata ;
Si... Luego , como tambien
El señor marques le llama
Su pariente , y es amigo ,
Y ha estudiado en Salamanca
Con don Diego , y le consulta

Sobre esa historia que acaba
De escribir de los moriscos...
Por supuesto es mucha alhaja
El tal Ponce de Leon :
¿Qué modesto con las damas!
¿Qué callado! ; qué sentencias!
Vaya , si es cosa que pasma :
¿Y sus trovas? cuando de ellas
El señor don Diego habla ,
Es cansarse y no acabar :
Ni el marques de Santillana ,
Ni Garcilaso. Si dice
Que es el portento de España...

Doña Elvira.

¿Eso cuenta?

Doña Garcia.

Todo el mundo

A una voz así le llama :
¿Lástima que ese mancebo
Con tanto ingenio , no haga
Libros de caballerías!
Entonces , sí... mas su escasa
Fortuna no le permite
Emprender obras tan arduas :
Y merced á su buen tío
El canónigo Losada ,
Que con su ayuda de costa
Le sostiene ; que su casa
A la muerte de su padre
Quedó bastante atrasada ,
Y al fin segundo. Por eso
Tanto se aplica y afana ,
Con su Aristóteles siempre ,
Siempre su atencion fijada
En esas filosofías ;
¿Llega agosto? á Salamanca :
¿Viene junio? pues me vuelvo ;
Y siempre estudia y repasa...
¿Y para qué? para ser
Despues de desdichas tantas ,
O canónigo , ó cronista ,
O alcalde de Goatemala ,
O qué sé yo. Y gran fortuna
Que el señor marques le ampara ,
Y es su pariente , y podrá
En la corte... bien lo alcanza
El tal mi señor don Luis ,

Que no sale de la casa,
Y con don Diego y con vos
Siempre tan atento... ¡vaya!
(Mirando adentro.)
¿Pues no es el señor marques
Y don Luis quien le acompaña?

Doña Elvira.

¿Don Luis dijisteis?

Doña García.

El mismo.

¡Jesus, y qué adusta cara
Su escelentísima tiene!
Con don Diego es con quien habla
Mi señor.

Doña Elvira.

Vámonos presto:

Estoy tan desaliñada...

Doña García.

Vámonos, sí: ¿qué sé yo?
Hablarán de sus batallas,
De sus leyes... sus disputas:
El uno elogia las armas,
El otro dale á las letras:
Ya se acercan: nuestra sala
Nos espera, mi rosario:
¡Ay qué perdición! mis gafas.
(Se le caen, y las recoge.)

ESCENA III.

EL MARQUES, DON DIEGO, DON
LUIS.

Marques.

Pues esto, y no mas, pasó:
Escucha atento, don Diego;
El acuerdo sale, y luego
A su aposento entro yo.
«Vuecelencia, bien venido...»
Dije, y sin ir adelante:
«Cuidad que hablais á un infante,»
Respondiome desabrido.
«¿Infante sois? Vive Dios,»
Repuse, «que no sé ley
» Para que no os llame el rey
» Y os llameis infante vos.»
El enojo se acrecia,
Y terciando allí el de Bejar,
Con Salar y Campotejar

Sali de chancillería:

Que si no... voto á Luzbel

Que Mondejar le enseñara

A que cortés platicara

Con un grande como él.

A la sazón ví llegar

La ciudad con sus maceros,

Y la inquisicion sus fueros

Alegaba para entrar.

Promovióse en su razon

Contienda de preferencia;

Dió el arzobispo sentencia

Y amenazó escomunion.

Os encuentro á mi salida,

Y al decirte mi suceso

Le llamas, hermano, esceso,

Y me enojas por tu vida.

Don Diego.

No te incomodes, marques,

Que si no recuerdo mal,

Solo dije que imperial

De don Juan la sangre es.

Hijo nació de don Carlos,

Y hombre de menos provecho

Cual infantes de derecho

Ví á los reyes declararlos.

Es el de Austria valiente;

Concluyó la civil guerra,

Y Felipe mucho yerra

En tratarle displicente.

Marques.

¿Eso dices? A un Bernardo,

A un Cid parece ofendí;

Y quien defiendes aquí,

Es un mísero bastardo.

Don Diego.

Hermano...

Marques.

Calla: no arguya

Tu boca temeridad,

Que real es mi calidad

Si imperial juzgas la suya.

Alcaide en la Alhambra soy,

Y general en Granada,

Pago á ginetes soldada,

Y ante el rey cubierto estoy.

¿Qué mas que yo hacer pudiera

Esepreciado doncel?

Diéranme el mando que á él,

Y al moro tambien venciera.

Don Diego.

Hermano, si así te dejo...

Marques.

Basta ya, que me enojaste:

¿En qué crónica encontraste

Ese menguado consejo?

De docto y de historiador

Te da renombre la pluma;

Déjame á mí que presuma

Entender puntos de honor.

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON LUIS.

Don Diego.

Marques, oye... Nada... en vano:

Raptos de su genio son,

Y despues, quizá perdon

Venga á pedir á su hermano.

Tocaron á su nobleza,

Y en este punto severo,

Acepta morir primero

Que dar á don Juan alteza.

Don Luis.

Siempre fué de un alma fuerte

Ese carácter indicio.

Don Diego.

Sí, que adulando de oficio

Hay quien ensalza su suerte.

Mas volvamos al Parnaso

Desde este siglo de escoria:

Os digo que en nuestra historia

Sois segundo Garcilaso.

Sabroso rato me disteis

Con vuestra dulce poesía:

¿Qué pasión! ¿cuánta armonía!

¿Dónde ese gusto adquiristeis?

Mucho adelantado habeis

En vuestras obras, don Luis;

Y si ese vuelo seguís,

Horacio nuestro sereis.

Don Luis.

Señor...

Don Diego.

Dejad que mi lengua

Os tribute esta alabanza:

Sois del Parnaso esperanza

Y de mil ingenios mengua.

No encuentro en España uno

Que os alcance á competir:

Pocos el dulce sentir;

Vuestra pureza, ninguno.

Tomad, pues, ese tesoro

(Va á devolverle el cuaderno, á cuyo fin le toma de sobre la mesa.)

Que tan altamente aprecio,

Que no le pusiera precio

Si se pagase con oro.

Don Luis.

Como aquel que sois, honrais,

Señor don Diego, mi amigo;

Y á tanta alabanza, digo

Que por cierto me abrumais.

No merezco con razon

La que de esa boca sale,

Que si algo en mis versos vale

Será vuestra correccion.

De historiador á la gloria

Aspirais, y no se engaña

Si á Mendoza llama España

El Salustio de su historia.

Por ello, si ese traslado

Viere la luz algun dia,

Su mayor timbre seria

Haberle vos aprobado.

Guardadle os ruego, señor,

Guardadle, si os sirvo así.

Don Diego.

(Deja otra vez el cuaderno.)

Mas lo estimo, que si aquí

Me hicieseis emperador.

ESCENA V.

¡LOS MISMOS, D^a GARCIA,
que entra con unas cartas en la mano.

Doña García.

¡Señor! ¡Señor...! ¿Pero dónde...?

Don Diego.

¿Qué busca la honrada dueña?

Doña García.

Pensé que estaba... el correo
De la ciudad ahora llega,
Y estas cartas ha traído.

Don Diego.

De Valladolid son esas :
(Tomándolas, y devolviéndole algunas.)
Dadlas al marques.

ESCENA VI.

DON DIEGO, DON LUIS.

Don Diego.

Veamos :

(Se aproxima á la mesa y las va reconociendo. Don Luis se retira á un extremo.)

(Si no me engaño, la letra...

Ya la conozco... sí... un sabio...

¡Lástima que la pobreza
Persiga tan alto ingenio! (Lee.)

Que le recomiende ruega

Al de Lemus. Sin tardanza ;

Mañana mismo.) De Herrera

El de Sevilla, es la otra :

¡Ingenio tambien! Con ella. (Lee.)

« Al señor don Juan de Austria. »

¡Oda famosa ! Soberbia

Introduccion : mas despacio

Tendremos tiempo de verla :

Vuestro voto... ¡ cómo así !

(A don Luis.)

¿ Os marchabais ya ?

Don Luis.

Licencia

Si os molesto me dareis...

Don Diego.

¿ Eso dice vuestra lengua ?

Tratadme sin cortesía :

Siempre mi correspondencia

Es literaria no mas,

Que si de otra clase fuera...

¡ Sois tan tímido !

Don Luis.

Señor...

Don Diego.

Mendoza me llamo á secas,

Señor don Luis, vuestro amigo

Y catedrático era

En Salamanca. Tambien

Algun parentesco media

Entre nosotros. Decidme :

¿ A qué viene esa tibieza ?

Una docena de años

Es toda la diferencia

Entre Mendoza y Leon ;

Pero el gusto por las letras,

Vuestra cordura, mil causas,

Todo, todo nos nivela,

Y os estimo cual si fueseis

Mi hermano. Solo una queja

Tengo de vos.

Don Luis.

(Sobresaltado.)

¿ De mí ?

Don Diego.

Cierto :

Y poderosa. De aquellas

Que olvida muy rara vez

Un amigo. Es una ofensa

Imperdonable.

Don Luis.

(A parte con agitacion.)

(¿ Qué escucho ?

¿ Si sabrá... ?)

Don Diego.

Es una ofensa,

Lo repito : una traicion

A la amistad : no creyera

Que fueseis capaz...

Don Luis.

(Con mayor agitacion.)

¿ De qué ?

Don Diego.

De ocultarme vuestras penas,

Vuestros secretos.

Don Luis.

(Respiro.)

¿ Penas dijisteis ?

Don Diego.

De veras :

Vuestro silencio me ofende.

¿ Pensareis que no penetra

El ojo de la amistad ?

¡ Ah don Luis ! La verdadera

Registra, indaga, recorre,

Y hasta el alma sagaz llega.

¿ Pretendeis disimular

Que estais triste ? ¿ que os afecta

Perenne melancolía ?

Si yo no la conociera,

¿ No bastaba á declararla

Esa misma indiferencia

Que por lo humano caduco

Vuestros versos manifiestan ?

Don Luis.

¿ Mis versos ?

Don Diego.

Sí : que ellos mismos

Vuestro secreto revelan ;

En ellos desnuda el alma

A su pesar se presenta.

Vuestro espíritu precoz

Se aplice solo en la eterna,

En la gran filosofía

Que lo terrestre desdeña,

Lo desprecia como polvo,

Y en alas del genio vuela

A la region celestial :

Allí el alma se apacienta,

Allí vive, allí se sacia,

Allí la verdad encuentra,

Allí sola está tambien ;

Pero no es en la edad vuestra

En la que el hombre la alcanza,

Y á tanta altura se eleva.

Nunca sazonados frutos

Produce la primavera :

Flores y no mas, don Luis ;

Y aquel que hallándose en ella

No las coge, las esquiva,

Y tanto desden demuestra

Por el mundo, ese sin duda

En secreto se atormenta ;

Ese padece, ese llora,

Ese es árbol que se seca,

Porque insecto venenoso

Hincó ya el diente en su tierna,

En su naciente raiz.

No es injusta mi sospecha :

No señor ; cuando tan joven

Así el corazon se aleja

Del mundo real ; cuando osado

Hasta el cielo así se acerca,

Es que la tierra le enoja,
Porque padece en la tierra (1).

Don Luis.

Una alma franca... tal vez

Cierto gusto por la escuela

De Platon... mi mismo tio...

Esa continua y severa

Austeridad suya... yo...

Bien sabeis vos como enseñá

El canónigo Losada

La moral : en su tutela...

Don Diego.

¿ Y os ha enseñado tambien

A perderos por las selvas ?

¿ A ser desabrido á veces ?

¿ A no encontrar complacencia

En la sociedad ? Don Luis,

Dejad las disculpas esas,

Que al que joven es aun,

No satisfacéis con ellas.

¿ Enmudecisteis ? ¿ No hablais ?

Ese silencio comprueba

Que sentis, que padeceis,

Que el alma vuestra se quema.

Don Luis.

Yo... Señor...

Don Diego.

Y no creais

Que equivoque cuáles sean

Vuestros disgustos ; no, amigo ;

Uno solo tiene fuerza

Para marchitar el alma

Cuando vuestros años cuenta.

Uno solo : mal de amores ;

Ved aquí vuestra dolencia.

Don Luis.

¿ Mal de amores ?

Don Diego.

¿ Y cuál otro

A vuestra edad nos aqueja ?

¿Cuál es poderoso entonces

Para hacer que el alma sienta ?

Ninguno : don Luis, amais,

Y á juzgar por mis sospechas...

(1) El autor pone estos versos por epigrafe de su drama.

Donde el ídolo reside...
También deciros pudiera.

Don Luis.
(Con viveza.)

¿Qué...! ¿Sabeis...?

Don Diego.

¿Brava pregunta!

¿Cómo quereis que no sepa
Lo que á cada punto y hora
Vuestra conducta revela?
Os ví en Salamanca alegre,
Y en Granada es la tristeza.
¿Qué quereis que yo presuma
De estos datos? Cosa es cierta...

Don Luis.
(Con la mayor viveza.)

¿Qué? Señor...

Don Diego.

Que en Salamanca

Encontrasteis la belleza
De quien ausente penais.
Esto lo infiere cualquiera.
¿No es así, señor don Luis?
Mas callad, que el marques llega.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, EL MARQUES,
con unas cartas en la mano.

Marques.
(A don Diego.)

Hermano, gozoso vengo
A que sepas de mi labio...

Don Diego.

¿Y tu enojo?

Marques.

Por agravio
Que me le recuerde tengo.
Aquí podrás informarte...

(Se las da.)

Quedad vos, no os ausenteis,
(A don Luis, que iba á retirarse.)
Que cual pariente debeis
En nuestro gusto ser parte.

Don Diego.
(Habiendo leído.)

Es cosa que á mí me admira:
¿Porqué oculta la has tenido?

El de Alburquerque es marido
Muy digno de doña Elvira.

Don Luis.
(Con vehemencia.)

¿De doña Elvira?

Marques.

Sí, á fe:

Que doncella se quedase
O por mi mano casase,
Prometí cuando enviudé.
Hoy se cumple mi deseo,
Que si el placer no me engaña,
Al de Alburquerque en España
Grande entre los grandes veo.

Don Diego.

(Don Luis quedó demudado:

¿Qué sospecha!) Pero dí:

¿Porqué ese enlace de mí
Tuviste tan recatado?

Marques.

No os lo quise revelar
Hasta ser cosa segura:
Hoy recibo la escritura,
Y por eso puedo hablar.
Viste que llegan mañana
El duque y sus equipages.
¿Hola, dueñas! ¿Hola, pages!
(Asomándose adentro.)
Decid no salga mi hermana.

Don Diego.

¿No le has dicho de esa boda?

¿Ni siquiera sabe ella...

Marques.

¿Eh! ¿qué entiendo una doncella
Cuál marido le acomoda?

Don Diego.

No la estimes en tan poco,
Que hubiera sido muy cuerdo...

Marques.

¿Estás, don Diego, en tu acuerdo,
O tus libros te hacen loco?

¿Cómo Elvira dejaría
De obedecer á su hermano?

¿Vive Dios, que por mi mano
Primero la mataría!

Ven conmigo á su aposento;
Venid vos, don Luis, también.

Don Luis.

Permitid...

Marques.

¿Marchábais? Bien:

Vamos los dos al momento.

(Se va con don Diego.)

ESCENA VIII.

DON LUIS.
(Abatido.)

Descansa en fin, corazón:
Solo por fin te dejaron;
Solos contigo quedaron
Tu secreto y tu afliccion.
¿Elvira, donosa Elvira!
¿Con que ya á perderte voy?
Alma, del cuerpo sal hoy,
Pues hoy tu esperanza espira.
Sueño de delicias lleno
Templaba mi amarga suerte,
Pero que es sueño me advierte
El estampido del trueno.

(Con furia.)

¿Yo soñar? ¿Don Luis cobarde
Al de Alburquerque cederla?
Venga luego á merecerla
Si de noble hiciere alarde.
Noble también es mi cuna,
Espada tengo y valor;
A quien merezca su amor
Dé victoria la fortuna.
¿Mas qué digo? ¿yo, insensato,
Yo de Alburquerque rival!
¿Yo, que mi pasión fatal
Cual una ofensa recato!
¿Vióse nunca tal sufrir?
¿Dónde consuelo hallaría?
¿Ay! me queda todavía
La esperanza de morir.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

No me engañé, no: don Luis

Adora en secreto á Elvira:
Su turbacion, la sorpresa
Que despues mostró ella misma
Al hablarle de esa boda;
Todo, todo me confirma
En mis sospechas. Mas ¿cómo
Leon, á quien yo creia
Prudente, tímido, franco,
Así su razon olvida,
Y á un amor sin esperanza...?
No: es preciso que mas fijas
Las pruebas que tengo sean:
De mi hermano la salida
Facilita mi proyecto:
Vendrá don Luis á mi cita:
Elvira me juzga ausente;
Aquí acostumbra... es muy niña
Para pensar que yo ahí...
(Señala al gabinete.)
Tan cerca está, que perdida
Ni una palabra será.
Yo sabré toda la intriga.
¿Hola, escudero! ¿Tristan!
(Llamando hácia adentro.)

ESCENA II.

DONDIEGO, Y EL ESCUDERO TRISTAN,
viejo, cojo y ridiculo.

Tristan.

¿Qué manda vuesañoría?
(Desde la puerta de en medio.)

Don Diego.

Si me buscasse don Luis,
Hágale que suba, y diga
Que pronto vuelvo.

Tristan.

Está bien.

(Anda con suma lentitud.)

Don Diego.

¿No ha salido todavía?
¿Mandria de escudero! Pronto...

Tristan.

¿Cómo quiere que de prisa
Ande, cuando dos mil diablos
En el rebato de Ujjar...
¿Ay qué tiro de arcabuz!
¿Y qué dolores! Maldita,
Maldita canalla mora!

Don Diego.
Deje sus algarabías
Y retírese.
Tristan.
Señor,
Pero si...
Don Diego.
Calle, y prosiga.
Tristan.
Pues callo, y prosigo. ¡Perros!
Y un cristiano... ¡Dios me asista!

ESCENA III.

DON DIEGO.

Todo está ya combinado :
Adentro doña García
Repasando su Esplandian
O su Amadis : sin malicia ,
Inesperta y candorosa
Como siempre doña Elvira...
Sí : mi proyecto es seguro.
¡Ah, don Luis! cuál sentiría
Ver en vos un seductor
Que abusando de mi antigua ,
De mi cordial amistad...
No : si así fuese , sabría
Castigaros y vengarme.
Soy Mendoza , fuera indigna
Vuestra conducta , y mi espada...
¿Mas qué digo? Se estravía
Mi razon. No : no es posible :
Es infeliz , nunca inicua
La pasion de un alma noble.
Esta esperanza mitiga
Mi enojo , y al mismo tiempo
Me atormenta. Hoy , en el dia ,
He de saber la verdad.
Escucho pasos... Aprisa.
(Escóndese en el gabinete.)

ESCENA IV.

D^a ELVIRA,

(Aparece con cierto aire de abatimiento.)
Que dulce es mi suerte ;
Que soy ya feliz ,
A deudos y estraños

Les oigo decir.
Quién , jura que en signo
Dichoso nací :
Quién , llama á mis ojos
El sol del Genil.
Yo á todos escucho ;
Pregúntome á mí ,
Y el alma responde
Que no soy feliz.
Llamarme duquesa
Ha poco que oí ,
Y el pecho en el punto
Sentile latir.
Cercanos florecen
En un mismo abril ;
Por eso se abrazan
El olmo y la vid.
Mas ser yo de dueño
Que no conocí ;
El alma bien dice
Que no soy feliz.
¡Que al duque yo adore
A fuer de gentil !
¡Gozar de mi mano ,
Triunfar sin servir !
Si él noble ha nacido ,
Yo hermosa nací ,
Y no envidia aromas
La rosa al jazmin.
Galan que las almas
Desdeñas rendir ;
Contigo no dudes ,
Que no soy feliz.
¿Porqué se fijaron
Tus ojos en mí?
¿No brillan hermosas
En Valladolid ?
Gallardo te pintan ;
No sé si es así ;
Mas cierto no eres
Tú solo gentil.
Mancebo modesto
Alguna vez ví...
¡Ay! bien dice el alma
Que no soy feliz.
(Queda pensativa , y va á sentarse en una
silla , cuando aparece don Luis.)

ESCENA V.

DON LUIS, D^a ELVIRA.

Don Luis.
Pues salió don Diego... ¿Cómo?
(A parte viéndola.)
¿Doña Elvira aquí? ¿Qué encuen-
Doña Elvira. [tro!...
(Yo no sé porqué mi sangre
Arrebatárase sienta
Al corazon.)

Don Luis.
(A doña Elvira con timidez.)
Que subiese
Tristan me dijo , y por eso...
Doña Elvira.
(Con la misma.)
Perdonad... Don Luis , creia...
Yo no pensaba...

Don Luis.
(Recelo
Que poderoso no sea
Para ocultar...) Al momento ,
(A ella.)
Si os importuno , saldré.
No lo dudeis ; pero pienso...
Perdonad : en vuestros ojos...
¿Estais triste?

Doña Elvira.
No por cierto.
(Con afectacion.)
Os equivocais.

Don Luis.
Lo dicen
Vuestros labios , y lo creo.
Nunca mentir han sabido ;
Es Elvira ángel del cielo ,
Y jamas...

Doña Elvira.
Tened , don Luis :
(Aparentando ligereza.)
Ved que los elogios vuestros
Envanecerme podrian.

Don Luis.
¿Vos , decis , envaneceros?
(Con pasion.)
Y cuando eso fuera , ¿quién ,
Quién con igual fundamento?
Quién mas hermosa que Elvira?

¿Quién mas inocente? Pero ,
(Con frialdad repentina.)
Perdonad , me estraviaba :
Vuestro rostro siempre bello ,
Siempre tranquilo : ¿insensato!
¿Pude pensar un momento
Que estabais triste? ¿Y porqué?
Sois feliz , merecis serlo.
Por mi corazon media
La situacion del ageno ,
Y deslumbrado... otra vez ,
Otra vez perdon os ruego.

Doña Elvira.
¿De qué? ¿de vuestros elogios?
¿En qué ofenderme pudieron
Vuestras palabras? En vos
Sí me parece que encuentro...
Esa palidez... tan triste...
Un aire de abatimiento...

Don Luis.
¡Triste , sí , triste , muy triste!
(Vehemente.)
Mi corazon , no lo niego ,
No es feliz : á mi pesar
Reventar quiere en el pecho ,
(Con cierta aspereza.)
Y á veces... pero deliro :
¿Qué tienen mis sufrimientos
De comun con doña Elvira?
¿Qué importa al mundo saberlos?
Yo solamente : son míos ,
Mios no mas.

Doña Elvira.
(Con dulzura.)
Advierto
No sé qué en vuestros discursos...
Hoy , cual nunca descontento ,
Vuestro corazon se encierra
Dentro de sí mismo : inquieto
Y perturbado... Don Luis ,
No sois en este momento
El dulce , el fácil Leon.
Quien leyere vuestros versos
Y os oyera... ¿Os sentis malo?
Don Luis.
Eso ha de ser : en efecto ,
Una agitacion... mi frente ,
Mi frente despide fuego ,

Y hácia el corazón... aquí,

(Señalándole.)

¡Una opresión aquí siento!
La losa de mi sepulcro
Me pesara mucho menos;
Mucho menos, sí. Castilla,
La de los campos desiertos,
Castilla estéril, mis años
Viste pasar mas serenos,
Mas tranquilos que esta patria,
De flores vergel eterno.

Doña Elvira.

¿Eso decis?

Don Luis.

¡Ah! Granada

Para mí tiene veneno:
En ella está mi martirio;
En ella infeliz padezco.

Doña Elvira.

¿Vos padecer? De sus hijos
Sois la gloria: el nombre vuestro
Se estiende de polo á polo;
El mundo admira ese ingenio...

Don Luis.

¿Y qué pueden importarme
(Con calor que se acrecienta por grados.)

Sus aplausos lisonjeros?
¿Qué la gloria, qué la fama,
Si un corazón aquí tengo,
Un corazón que palpita
Triste, mustio, descontento...?
Sed de amor, amor le abrasa,
Amor misterioso, inmenso;
Amor que emponzoña impía
La horrible hiel de los celos;
Amor fatal, que escondido
No puede estar por mas tiempo...

Doña Elvira.

(Con turbación.)

Don Luis... acaso... ¿dijisteis...?

Don Luis.

¿Cómo? ¿mis labios dijeron
Que os amaban? ¿que érais vos
El dulce, el único objeto
De mi tierna idolatría?
¿Que cuando debo perderos,
El alma padece juntos

Los tormentos del infierno?

¿Eso pudieron decir?

¿Eso propalaron ellos?

Elvira, no los creais,
No los creais, que mintieron.

Doña Elvira.

(Con ternura.)

¡Don Luis! ¡don Luis!

Don Luis.

Han mentido,

Os lo repito de nuevo.

No es Elvira, no... ¿Qué dije?

Ni yo mismo ahora me entiendo.

¿Dónde estoy? en este instante

De mi razón no soy dueño,

No lo soy. ¡Elvira! ¡Elvira!

Yo me arrojo á los piés vuestros,

Yo os adoro, yo...

(Lo hace.)

Doña Elvira.

¿Qué hacéis?

Don Luis.

Sin vos la vida detesto:

Sin Elvira la maldigo:

Solo una palabra, y muero;

Una palabra, y mi dicha

Ven los ángeles con celos.

¡Elvira! ¡Elvira!

Doña Elvira.

¡Don Luis!

ESCENA VI.

DICHOS, D^a GARCIA
desde la puerta de la derecha.

Doña Garcia.

¡Hola! ¡hola!

Doña Elvira.

¿Qué habeis hecho?

Idos.

Don Luis.

¡Que no me tragase

La tierra en este momento!

(Vase con precipitación.)

ESCENA VII.

D^a GARCIA, SIGUIENDO A DON LUIS,
Y D^a ELVIRA.

Doña Garcia.

Venga acá, señor doncel:
Miren, miren el mancebo
Barbilindo: ¡vaya en gracia!
¡Pues digo que estamos buenos!
Con que yo muy divertida
En mi Florisel leyendo,
Y... por vida de mis tocas
Y del honrado escudero
Mi difunto, que al instante
Mi señor ha de saberlo
En cuanto venga: ni un punto:
Lo ha de saber; sin remedio.

Doña Elvira.

Por piedad, amiga mía:
Siempre mi agradecimiento...

Doña Garcia.

¿Su agradecimiento? ¡eh!
¿Y se atreve á decir eso
A su dueña? ¿á la viuda
De Anton Gil de Vasconcelos?
¿Quieren corromperla? ¿A mí?
Si por acaso vinieron
Él ó su hermano... al instante...

(A voces.)

¡Señor! ¡señor!

Doña Elvira.

Por el cielo

Os suplico que calleis.

Doña Garcia.

(Lo mismo.)

¡Señor! ¡mi señor! ¡don Diego!

ESCENA VIII.

LAS MISMAS, DON DIEGO,
saliendo del gabinete.

Don Diego.

Silencio, doña Garcia.

Doña Garcia.

¿Cómo? ¿Vos aquí...? Me alegro,
Pues mi señora, su hermana,
Y el señor don Luis...

Don Diego.

¡Silencio!

Doña Garcia.

¿Pero no quiere que diga...

Don Diego.

Que calleis os mando.

Doña Garcia.

Pero...

Don Diego.

(Con ira.)

¡Vive mi honor, ¡seguis!

Retírese luego adentro.

Doña Garcia.

Yo, señor... ¡Jesus, qué ojos!

Voime temblando de miedo.

ESCENA IX.

DON DIEGO, D^a ELVIRA.

Doña Elvira.

Hermano...

(Acercándosele con temor.)

Don Diego.

Todo lo sé:

Nada que escucharte tengo.

Doña Elvira.

No soy culpable, lo juro;

Te lo juro por el tierno

Cariño que desde niña

Me profesaste. Su encuentro

Todo fué casualidad:

Eres de mi vida dueño,

Y á tus piés si acaso pude...

(Se arrodilla.)

Don Diego.

Levanta, Elvira, del suelo.

(Con interés.)

Sabes que siempre te amé:

Descúbreme aquí tu pecho,

Y al momento te perdono.

Doña Elvira.

Háblame, hermano; no temo

Descubrirtelo.

Don Diego.

Pues bien.

¿Sabes el oculto empeño

Del marques con Alburquerque?

Doña Elvira.

Si.

Don Diego.

¿Sabes que el casamiento
Con un hidalgo no mas,
No solo ve con desprecio,
Sino indignado?

Doña Elvira.

Lo sé.

Don Diego.

¿Sabes tambien que el ejemplo
De honradez y de cordura
Será en dártelo el primero
El mismo don Luis?

Doña Elvira.

¡Ay! Sí.

Don Diego.

Pues de todos estos hechos
Tú inferirás tus deberes:
Yo ni acordártelos quiero.

Doña Elvira.

Hermano... yo... sí...

(Con indecision.)

Don Diego.

¿Vacilas?

¿Me darás el sentimiento...

Doña Elvira.

¿Tú sentir! ¿Tú tan benigno!
No, que en tus brazos me entrego.

(Abrazándole.)

Don Diego.

Ahora conozco á mi Elvira:
Ahora digna de mi aprecio,
De mi amor y... no lo dudas,
Siempre á tu lado me encuentro,

Siempre velaré por tí:
Mi cariño, mis consejos,
Todo de Elvira será:
Todo de mi Elvira. Entiendo

Que necesitas ahora
De reposo. En tu aposento
Podrás mejor conseguirlo:
La soledad y el silencio...

Vete, pues, Elvira mia.

Doña Elvira.

Voy, hermano. Allí te espero.
No tardes mucho: sin tí...

Don Diego.

Siempre te sigue mi afecto.

ESCENA X.

DON DIEGO.

No hay duda; su corazon
En amor tambien rebosa.
¡Alma noble y generosa
Digna en todo de Leon!
¡Cuánto fuera mi contento
En unirla con mi amigo!
Pongo al cielo por testigo
De que en decirlo no miento.
Mejor que necios blasones,
Yo su genio apreciaria;
Mas ¿cómo el marques podria
Vencer sus preocupaciones?
Don Luis, don Luis, no hay re-
Sacrificad vuestro amor, [medio:
Que os prohíbe ya el honor
Querer tentar otro medio.
¡Si le pudiera yo ver!

Voy á escribirle al instante,
Que acaso será bastante
Para entrarle en su deber.
Este arbitrio considero
Que ha de ser mas acertado:
Siempre ví á don Luis honrado,
Y ademas es caballero.

(Se sienta á escribir.)

Breve la carta estendí:
Voy al momento á cerrarla;
Mas conviene repararla,
Que muy de prisa escribí.

(Se levanta, y lee.)

«Don Luis: todo lo sé. Mañana
llega el de Alburquerque. Nada
quiero deciros, sino que de vos
depende todavía merecer mi esti-
macion. Vuestro genio os hace se-
ñor del universo: sedlo tambien
de vuestro corazon extraviado. El
cielo os guarde. — DON DIEGO.»

(La cierra.)

Está bien: luego veré...

¡Tristan! ¡Tristan!

ESCENA XI.

DON DIEGO, TRISTAN.

Don Diego.

¿No me ois?

Tristan.

¡Ay, mi señor! ¿Qué decis?

Si para mover un pié...

Don Diego.

Haga de ligero alarde;

(Dándole la carta.)

A Granada vaya á prisa...

Tristan.

¿Yo, señor? Si salgo á misa

Los sábados por la tarde.

Don Diego.

¡Pese á Tristan! Orellana

Mi palafrenero irá.

Si me buscasen, que ya

No se me ve hasta mañana.

(Se va por la puerta de enfrente.)

ESCENA XII.

TRISTAN.

¿Cómo va el señor don Diego!

Yo no sé qué es lo que pasa;

Pero esta tarde en la casa

Hay algun desasosiego.

Don Luis salió de repente;

De repente mi señor...

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Que este dolor

Cada vez mas se me aumente!

Ya pasó. Cosa secreta

Ella sin duda ha de ser:

Sí, ¡por llegarla á saber

Diera tambien mi muleta!

La dueña sola podria...

¿Que no la hallase á la mano...!

¿Hola, dueña? Mas urbano:

¿Honrada doña García?

No responde... Si me oyera...

Pero ¿qué me importa á mí?

Siga mi trisagio, sí:

(Lo saca, y vase rezando.)

Que eso he de hallar cuando mue-

[ra.

ACTO III.

Noche: dos bugias sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

TRISTAN, D^a GARCIA.

Tristan.

Aquí, señora García,

Que no nos oyen entiendo.

Doña García.

Ibale, Tristan, diciendo

Que á sus piés ví se ponía.

Tristan.

¿A sus piés?

Doña García.

Y porque fiel

Empecé luego á gritar,

Mandó el hermano callar

Convertido en una hiel.

Tristan.

¿Eso pasa! ¡Vive Dios,

Que me escandalizo todo!

Doña García.

Pues sucedió de ese modo,

Que yo misma ví á los dos.

Tristan.

¡Jesus! ¡Jesus! dirán luego...

¡Miren la honrada doncella!...

Pero no lo estraño en ella

Como en mi señor don Diego.

¿Con que os puso tal mandato?

Doña García.

Sí señor; con una ira...

Y luego con doña Elvira

En su cuarto está hace rato.

Capaz es, no será mucho,

Que la case con su amigo.

Tristan.

A fe de cristiano, digo

Que me aturde lo que escucho.

¿Dar á don Luis la heredera

De Mondejar y su estado!

¡Llamar el marques cuñado

A un hidalgo de gotera!

Cosas son para espantar.

Los hombres doctos á veces...

Doña García.
 ¿Pero qué mas que sandeces
 Sus libros han de enseñar?
 De historia, de agricultura,
 De política, poesías...
 Léyese caballerías,
 Y obrara con mas cordura.
 Allí viera que Esplandian
 Se puso como un erizo
 Porque hablar con don Rojizo
 Vió á su hermana en el desvan.
 Y merced á que la espada
 No la halló segun barrunto,
 Que la historia en este punto
 Admite duda fundada.
 Pero esos libros en griego
 Vuelven á don Diego el juicio.

Tristan.
 Sí señor, es gran perjuicio
 Que á Amadis no estudie luego.
 Cuando sus cosas leéis
 Tan grande mi gusto es...
 Pero decidme, ¿el marques
 Que consentirá entendeis?

Doña García.
 ¿Qué es consentirlo? Primero
 Pienso que la encierre monja;
 Que mi señor, sin lisonja,
 Es completo caballero.

Tristan.
 Pues por donde el otro intenta...
 ¿Cómo en su cabeza cabe...

Doña García.
 Quizá con que no lo sabe,
 Ni podrá saberlo, cuenta.

Tristan.
 No ha de ser, que ya me enfado.
 Se hundirá primero el mundo.
 ¿Es mas que un triste segundo,
 Aunque precie de letrado?
 Yo del caso la verdad
 A mi señor decir quiero.

Doña García.
 Eso sí; buen escudero,
 Me gusta ver su lealtad.

Tristan.
 ¿Un Mendoza tal baldon!

¿Qué es lo que el mundo dijera?
 ¿Si el callar en esto fuera
 Delito de inquisicion!
 No he de callar, por mi vida:
 Cuando venga estaré alerta...

Doña García.
 ¿Y no es mejor que á la puerta
 Vaya á esperar su venida?

Tristan.
 ¿Cómo? Si llega á la mano
 Al camino le saldré,
 Y aunque es noche correré
 Como si fuera un milano.
 Yo haré que la trama aleve...
 ¿Temblando de rabia estoy!
 Por el postigo me voy
 Para salir mas en breve.

Doña García.
 ¿Victor el señor Tristan!
 Me cautiva su eficacia.

Tristan.
 Quedad con Dios.
 Id en gracia.

Doña García.
 Supongo que no sabrán...
Tristan.

Nada teneis que advertir;
 Callaré que fuisteis vos...

Doña García.
 Que esta tarde vió á los dos...
Tristan.

Por supuesto, y no es mentir.

Doña García.
 Que osó su mano besar...

Tristan.
 Tanto, dicho no me habeis.

Doña García.
 Pero señor, ¿no entendeis
 Que pudo muy bien pasar?

Tristan.
 Descuidad... ¿Jesus, qué olvido!
 Si á don Diego alguien buscase,
 No le consintais que pase,
 Porque Orellana ha salido.

Doña García.
 Está bien: es cuenta mia.

Tristan.
 Buena dueña, vuelvo pronto.

ESCENA II.

Da GARCIA.

En el lazo cayó el tonto;
 Eso solo yo queria.
 Si en aquel fiero ademan
 Viese á don Diego mandarme...
 ¿Qué! ¿si siento espeluznarme
 Y trasudores me dan!
 ¿Tratar con tan poco honor
 A una dueña de mi porte!
 ¿A una dueña que en la corte
 De las dueñas es la flor!
 Si vengarme no consigo...
 Pero ya logré mi objeto,
 Que el marques sabrá el secreto
 Sin ser yo quien se lo digo.
 ¿Qué furor! ¿cuánta bravura
 Ha de hacer cuando lo sepa!
 No es posible, no, que quepa
 En el caso compostura.
 ¿Pues es un grano de anis!
 ¿Y en su genio de serpiente!...
 Parece que sube gente...
 ¿Quién será...? ¿Calle! ¿don Luis!

ESCENA III.

Da GARCIA, DON LUIS
 con estremada agitacion, llevando una
 carta en la mano.

Don Luis.
 ¿Y don Diego?

Doña García.
 ¿Cómo? ¿quién...
 ¿Y su atrevimiento es tanto?
 Despues de...

Don Luis.
 Por compasion,
 No me acordeis el agravio
 Con que ofendí su amistad.
 Para vengarle son hartos
 Mis propios remordimientos;
 Este puñal, este dardo
 Que el corazon me atraviesa.

¿Dónde está? ¿dónde?

Doña García.

Muy claro
 Fué su precepto á Tristan:
 Ninguno está esceptuado.
 Ninguno. ¿Lo comprendeis?
Don Luis.

Basta, basta, que ya alcanzo
 Toda la triste verdad.
 Huye del desventurado
 Que en un momento ofendió
 La honradez de tantos años,
 El honor, la gratitud...
 Cuanto existe de sagrado
 Sobre la tierra. Ese solo,
 Ese, entre martirios tantos,
 Me quedaba por sufrir.
 Ya no me queda: no, el vaso
 Hasta las últimas heces
 Debieron beber mis labios.
 ¿Miseró don Luis!

Doña García.

No entiendo...
 ¿Dónde vais con ese estraño...
Don Luis.

¿No me entendeis? ni yo propio
 Para comprenderme basto.
 Era fuerza amar cual yo,
 Para conocer de cuántos,
 De cuán horribles tormentos
 Este corazon es blanco.
 (Se arroja sobre una silla.)

Doña García.

¿Su corazon, eh! ¿Qué dice?
 ¿Si querrá que agradezcamos...
Don Luis.

Por piedad, no prosigais:
 (Se levanta.)
 Callen, callen vuestros labios.
 Un rayo cayó á mis piés:
 Un rayo de mi letargo
 Me despierta. No, don Diego,
 Nunca invocareis en vano
 El honor de vuestro amigo.
 De su frenesí llevado,
 Fué imprudente, criminal.
 ¿Todo lo holló en su arrebató,

Todo lo olvidó! ¿Porqué,
Porqué late aquí debajo
Un corazón que se abrasa,
Que es capaz de sentir tanto,
Si, madrastra la fortuna,
No puso un cetro en mi mano?
¿Para qué me le dió el cielo?
¿Porqué ese don tan infausto?

Doña García.

¿Cómo? ¿cómo su error?
¿Siente ya que temerario...

Don Luis.

¿Si le conozco! ¿Si sufro...!
¿Ah! ¿que no me fuese dado
Derramar toda mi sangre,
Y de ese modo espíarlo!
¿Que no pudiera, Dios mio!
(Se arroja en la silla, y rechina sobre la mesa.)

Doña García.

¿Pobre mozo! ¿pues! mi flanco:
(A parte.)

La compasión: ya se ve:
Tienen los enamorados
Un modo tan... que... Don Luis,
Si os empeñais en que al cabo
Habeis de ver á don Diego...

Don Luis.

No: no le llameis; dejadlo:
(Levantándose.)

Es mejor que no me vea,
Que no turbe su descanso
La presencia de Leon.
Correrán luego los años;
Llevaré sobre mi frente
Las señales de mi anargo,
De mi horrible sacrificio...
Elvira, Elvira, este llanto
Es el último que vierto,
El último que consagro
A un amor sin esperanza...
¿He sido tan desdichado!
Solo una ilusión podía
Llenar mi vida de encanto;
Una ilusión... ¿Eras tú!
¿Era morir en tus brazos!
Si al menos me amases, ¡ay!
Si de tus cándidos labios

Una palabra tan solo...
Una tan solo... ¡insensato!
Perdon, perdon si te ofendo.
Muy pronto de tí lejano...
¿Para siempre! ¿para siempre!
Es preciso... El oceano,
La inmensidad del abismo
Es quien debe separarnos:
Solo así podrá extinguirse
Este amor en que me abraso,
Este volcan... Ya no mas:
¿A qué cobarde dilato
Mi agonía...? en el momento...
Aquí mismo... aquí... ¿qué tardo?

(Ponese á escribir.)

Doña García.

Yo no sé... Siento tambien
Así como un sobresalto
Que á mi pesar... ¿Qué proyecto
Será el que tiene entre manos?
Si lo dice mi señor:
Ni una blanca es lo que valgo
Para dueña... tan sensible...
¿Cómo escribe! ¿qué agitado!
Pero se levanta ya:
¿Cuál es su intencion...? oigamos.

Don Luis.

Cumplí mi deber: ahora
(Levantándose, y cerrando una carta que
deja sobre la mesa.)
Me siento mas sosegado.
¿Ya no soy mas que infeliz,
Y lo he sido siempre tanto!
Tanto, que mi sacrificio
No me acobarda... Es acaso
El menor de los tormentos
Que este pecho desgarraron.
Acéptalo tú, Dios mio:
Tú solo conoces cuánto,
Cuánto el alma sufrirá
Primero que consumarlo.
¿Ah! nunca gimíó el impío;
Nunca sus ojos lloraron;
Nunca cual yo sin ventura
Tuvo que invocar tu amparo,
Como el último consuelo
Que restaba á su quebranto.
Yo le invoco, Dios benigno:

Yo tu clemencia reclamo:
Yo, de por vida infeliz,
Hasta tí el alma levanto;
Yo á tí solo en mi amargura
Compasion, Señor, demando.
¿A Dios, patria! ¿A Dios, Elvira,
(Alto.)
¿Para siempre á Dios quedaos!

ESCENA IV.

D^a GARCIA.

¿Jesus! ¿Jesus! pecadora,
¿Qué es lo que de oír acabo?
El mancebo está perdido.
Sin duda desesperado
Es capaz de cualquier cosa.
«Para siempre á Dios quedaos.
»A Dios, patria, á Dios, Elvira,»
Con un fervor... y su llanto...
Y luego su contricion, [ro...!
Aquel rezar... ¿pues! ¿mas cla-
No hay remedio; va á matarse.
Eso proyecta. ¿Qué espanto!
¿Qué lástima de su alma,
Que es alma de enamorado,
Y quizá... sí... por mi culpa...
Esta muerte es de mi cargo!
¿Qué me importaba impedir...
¿Jesus, cómo tiemblo! Vamos...
Yo no sé lo que me pasa:
Si no acierto á dar un paso.
Es preciso... voy tras él...
Le diré que le ha llamado
Doña Elvira... de este modo...
Está encerrada en su cuarto...
Con don Diego... y no hay peligro.
Protesto que no lo hago...
Por conciencia... sí, por eso:
¿Pues es poco listo el diablo!
¿Válgate Dios! ¿y Tristan?
Voy al momento á alcanzarlo:
Con tenerle un poco tiempo
En este cuarto engañado
Volverá en su juicio, y luego...
Pero encontrarlo es el caso.
No, pues aunque sepa... sí...

A la ciudad misma bajo.
Don Luis antes, luego el otro:
¿Si quisiera ser un gamo!

ESCENA V.

DON DIEGO, D^a ELVIRA.

Doña Elvira.

Aquí hablaba, no lo dudo:
Aquí su voz escuché.

Don Diego.

Ilusion sin duda fué:
¿Cómo otra cosa ser pudo?

Doña Elvira.

No se engaña el corazón;
Nunca se deslumbra, Diego.

Don Diego.

Si le supones tan ciego,
Mal conoces á Leon.

Serénate, vuelve en tí:
Recobra, Elvira, tu calma.

Doña Elvira.

No la hay ya para mi alma:
Para siempre la perdí.
La perdí, cuando arrastrado
De misteriosa pasion,
Rebosó su corazón
Y á mis piés le ví postrado.
La perdí, cuando rendido
Mi espíritu á tus consejos,
Su despedida de lejos
Vino á sonar en mi oído.

Don Diego.

Elvira, no tan tirano
Te avasalle así el amor:
¿Qué fuera, dí, de tu honor,
Si no te oyera tu hermano?
No culpo, no, que á su llama
Sensible tu pecho fuera;
Mas atenta considera
Lo que debes á tu fama.

Doña Elvira.

¿Ay, don Diego!

Don Diego.

Fijo es,
Que esa boda se dilate:
No; que forzarte no trate